

EL ABUSO
PEDAGÓGICO
O
LA MÁQUINA DE
MATAR SUEÑOS

(PEQUEÑO MANIFIESTO UN
POCO AUTOBIOGRÁFICO)

POR:

Carolina Roisinblit



“NADIE PUEDE SER AUTÉNTICAMENTE, PROHIBIENDO QUE LOS OTROS SEAN.” ~PAULO FREIRE

Cuando tenía cinco años quería ser astronauta, igual que la mayoría de los chicos a esa edad. Todos queremos en algún momento de la vida ser astronautas y recorrer los planetas en un cohete espacial. Con el tiempo, mi imaginación y mis ideas con respecto al futuro fueron evolucionando y, a los nueve años, ya tenía decidido que cuando fuese grande iba a ser la primera profesora de patinaje sobre hielo en la Luna. Los sueños crecen.

Aprendí a leer y escribir a muy temprana edad, mucho antes que la mayoría de las personas - a los dos años y medio - y, en algún momento entre los sueños de ser astronauta y la proyección de mi gran carrera como patinadora lunar, empecé a escribir canciones. Todavía me acuerdo de algunas de las que cantaba cuando tenía seis años, y es evidente que había inventado un idioma nuevo porque ninguna de las palabras tenía sentido.

Por aquella época de canciones y juegos, decidí que quería aprender a tocar el piano y mis padres, personas amorosas y abiertas a escuchar los deseos de su hija, me llevaron con la profesora del barrio. Esta mujer, que tenía más de barrio que de profesora, me sentó a los nueve años a dibujar pentagramas y claves de sol en un papel durante media hora a lo largo de muchas semanas, hasta que tiré la toalla y dejé las clases, sin entender qué relación había entre las hormiguitas negras aplastadas que tenía que dibujar sobre el papel y la música de verdad. Sin embargo, yo era tenaz y bastante obstinada - por suerte -, así que al poco tiempo empecé a decir que quería aprender a cantar. Cuatro años más tarde (que a los nueve es como la mitad de tu vida, así que se sienten pasar bastante lento), empecé a tomar clases.

Antes de lograr mi cometido, es decir, que a los trece años me lleven con una profesora de canto, intenté varias veces entrar en el coro de mi escuela, que vio pasar un desfile de diferentes profesores de música que hacían las veces de director. Varias veces intenté, decía, y varias veces tuve que escucharlos decirme que yo no servía para cantar y que “no tenía voz”. Ése es el comienzo de mi historia con la música. Un comienzo a los tropezones, lleno de miedo y de inseguridades que no tenía a los seis años, cuando escribía canciones, pero que ya tenía a los diez, cuando me decían “no tenés voz para cantar” profesor tras profesor.

Quiso la buena fortuna que yo estuviera muy convencida de lo que quería y siguiera insistiendo para tomar clases, y algún ángel del cielo se compadeció de mí, porque la profesora de canto con la que empecé a tomar clases a los trece años, no opinó lo mismo.

Si bien mi camino con la música había dado un giro alentador, a los dieciséis años me encantaba hacer operaciones algebraicas y le dije a una profesora que había decidido estudiar matemáticas cuando terminara el secundario. Me miró con una mezcla de ternura y condescendencia y me dijo “¿Estás segura? ... Yo me dedicaría a otra cosa...” Lo cierto es que las cuentas me daban un millón trescientos sesenta y ocho cuando se suponía que tenían que darme cuatro, pero a mí me encantaba hacer cuentas. Las palabras de mi profesora hicieron mella en mí y no estudié matemáticas, finalmente. En cambio, aposté todo al arte.

Como a los diecisiete años me dijeron que, si quería ser una buena cantante, tenía que saber bailar, así que empecé a tomar clases de danzas. Como buena adolescente con aspiraciones artísticas, quería hacer las cosas “bien hechas”, así que tomaba siete clases de danzas por semana. Dos años y diez kilos menos más tarde dejé las clases, cuando mi profesora me dijo que “tendría que bajar un par de kilitos más” y que “no tenía un cuerpo hecho para la danza”. A esta altura, las palabras de desaliento y desánimo se estaban volviendo recurrentes en mi vida.

A los diecinueve años empecé a tomar clases con un maestro de poética que me dejó muy claro que lo que yo escribía era una poesía bastante “berreta” (poco refinada e interesante) y durante más de diez años – como les dije, yo soy tenaz – le escuché explicarme cómo “un escritor es otra cosa”.

Con el tiempo dejé de bailar, dejé de componer canciones (y eso que antes de saber que un escritor era “otra cosa” escribía decenas y decenas de canciones en el piano que supuestamente no sabía tocar y con la voz que supuestamente no tenía), dejé de escribir y – aunque creo que en este caso sí fue bueno – dejé de soñar con dedicarme a las matemáticas. En cambio, me dediqué a lo único en lo que nunca nadie me dijo que no era buena: enseñar.

Mi idea original nunca fue ser docente, pero admito que lo disfruté muchísimo. Creo que, precisamente, porque después de tantos intentos frustrados de sentirme “capaz” de hacer algo, me toca estar del otro lado de la mesa y ser la que ayuda a los demás a sentirse capaces. Pero no deja de asombrarme que doy clases desde hace veinte años y constantemente me cruzo con personas talentosísimas que están absolutamente convencidas de que “no sirven”. Y ni una sola vez se convencieron de eso por sí mismas. Detrás de cada persona que está segura de no servir está el eco de la voz de alguien – o alguienes – que se lo dijeron en repetidas oportunidades.

Los maestros se arrogan tradicionalmente el saber; uno es maestro porque sabe, y es alumno porque no. El maestro, por lo tanto, sabe mejor que uno qué es lo que uno va a poder hacer y hasta dónde va a llegar. Ésta es la mirada tradicional de la enseñanza, y está equivocada. Nadie más que uno mismo puede saber hasta dónde es capaz de llegar.

En occidente se considera que la inteligencia es una capacidad que depende tanto de condiciones hereditarias como externas. En oriente, se considera que la inteligencia está vinculada a la constancia y la tenacidad. Es decir: cuán inteligente se es depende exclusivamente de la actitud que un individuo tome – y tiene total capacidad de acción sobre ello -. Y, mientras que muchas personas nos llenamos la boca hablando de lo maravilloso de las personas que son innatamente creativas y geniales, lo cierto es que, en el mundo real, a las personas nos enseñan a dejar de imaginar, dejar de soñar y dejar de tener ideas disparatadas y ridículas. Alguien le dijo, aunque no lo crean, a Ford: “los autos son una idea pasajera; los caballos llegaron para quedarse”.

Gerald O. Grow, un profesor universitario, periodista y maestro de bellas artes dijo una vez: “El trabajo del mejor maestro es realizar el difícil malabarismo de transformarse vital, creativa y enérgicamente en innecesario”. Es decir, ayudarnos a desplegar nuestras alas y volar solos, (y en lo posible, no cortárnoslas). Esto no siempre sucede, porque la pedagogía tradicional estandariza, homogeneiza, busca resultados iguales en personas diferentes y aplasta las individualidades y, justamente porque ha sido así desde hace siglos (en realidad, hace siglos era todavía peor), es que los maestros continúan haciendo lo mismo generación tras generación. De aquí se desprende un término del que nunca se hace mención: el abuso pedagógico.

Todos sabemos que no sería fácil recordar información importante mientras nos suben arañas por las piernas o se nos acercan serpientes que se deslizan amenazadoramente. Sin embargo, las situaciones de examen en la universidad se parecen muchísimo a eso: el terror de ser reprobados, el estrés de que nos midan bajo presión. ¿Quién puede aprobar así? ¿La vida después va a ser así? Parecería que nos quieren hacer creer que sí.

Sin embargo, lo que sabemos o de lo que somos capaces no se mide en cuán buena es nuestra performance en un contexto de peligro inminente (sí: reprobado un examen califica como peligro inminente), sino en cuán creativamente podemos encontrar soluciones en la vida real. Y esa creatividad va a depender, en gran medida, de qué tan seguros de nosotros mismos seamos y qué tanta confianza tengamos en que podemos gestar ideas interesantes y llevarlas adelante.

Decirle a alguien qué va a poder hacer o qué no, ya sea que se trate de cantar, de bailar, de hacer operaciones matemáticas o de perseguir una carrera en medicina, es una forma de maltrato. Si quien lo dice es una autoridad, ya sea un maestro o una figura prestigiosa, es una forma de abuso de poder. Nos enseñan a creerle a la gente que admiramos y que se supone que sabe más que nosotros. Y está mal, porque podrán saber más que nosotros de un montón de cosas, pero nadie puede saber más acerca de nosotros mismos, que nosotros mismos. Y hacen falta más maestros que nos enseñen eso.

Con el tiempo me enteré de que mis dos padres eran músicos frustrados. De hecho, mi papá quería estudiar bellas artes, pero sus papás le dijeron que se iba a morir de hambre. Esto es especialmente significativo considerando que mi abuela quería ser pianista y dibujante y tampoco la dejaron.

Nadie tiene derecho de matar nuestros sueños. Alguna vez leí que todo lo que tenemos hoy a nuestro alrededor, alguna vez fue el sueño descabellado de alguien.

Las personas más exitosas en este mundo son las que tienen resiliencia, la capacidad de levantarse después de caerse, una y otra vez. Porque el éxito no se logra solamente con talento, sino – y, sobre todo – con constancia. Lo que olvidamos es que, para que existan personas resilientes y constantes, los maestros – nosotros, ustedes – tenemos que dejar de cortarles las alas a la gente que sueña. Dejar de decirles para qué sirven y para qué no. Dejar de atemorizarlos con no ser lo suficientemente buenos. Dejar de criticarlos y ayudarles a crecer; a arriesgarse para cumplir sus sueños locos, no a paralizarse por miedo al fracaso.

Necesitamos dejar de ser abusivos. El bullying no es sólo estudiantil. Necesitamos una pedagogía de la empatía, basada en el respeto, en la inclusión y la consideración de la individualidad, la diversidad y la pluralidad tanto de individuos como de maneras de aprender, en donde los maestros confíen en el potencial humano ilimitado y en el poder de las ideas. Porque, como dice el proverbio, “Quien dice que algo no puede hacerse no debería interrumpir a aquel que lo está haciendo”.

“HACER FRENTE A NUESTRO PROPIO SUFRIMIENTO MIENTRAS APRENDEMOS A NO INFLIGIRLO
EN LOS DEMÁS ES PARTE DEL TRABAJO QUE TODOS HEMOS VENIDO A HACER AQUÍ”

~REBECCA SOLNIT